

Salomé Adroher Biosca

FRANCISCO DE ASÍS: EL SANTO JUGLAR DE DIOS

TEATRO PARA NIÑOS



FRANCISCO DE ASÍS: EL SANTO JUGLAR DE DIOS

Personajes:

El joven Francisco

El Hermano Francisco

Pedro Bernardón

Doña Pica

Hermano León

Hermano Pedro

Hermano Gil

Hermano Juan

Pobre mendigo

Bernardo el trovador

Leproso

Don Guido el obispo

Papa Inocencio III

Santa Clara

Compañera de Santa Clara

Campesino

Lobo

Oveja

Golondrinas

Sol

Luna

Estrellas

Viento

Aire

Agua

Fuego

Tierra

PRIMER ACTO
NACIMIENTO Y PRIMERA JUVENTUD DE FRANCISCO



Aparece solo en la escena el hermano León.

HERMANO LEÓN

Paz y Bien en esta casa,
buenas tardes nos dé Dios.
Voy a contarles la historia
de un juglar que un día mudó
en túnica su rica capa,
sus cantos en oración.
Mas, antes de dar comienzo
a esta hermosa narración,
yo me presento ante ustedes:
soy el hermano León.

Aparecen en la escena Pedro Bernardón y Doña Pica con un bebé en brazos.

Hace muchísimos años,
en Asís un día nació
un niño hijo de Pica
y de Pedro Bernardón.
Su padre, gran comerciante
y muy rico vendedor,
amasaba su riqueza
con una gran ambición.
Su madre, muy bondadosa,
al nacer, Juan le llamó,

pero su padre este nombre
 por Francisco le cambió
 pues de Francia eran las telas
 que él vendía con tesón.

Pica deja el bebé tras el escenario y trae de la mano al joven Francisco vestido de juglar.

Poco a poco fue creciendo,
 a leer y a escribir aprendió,
 pero enseguida su padre,
 cuando fue un poco mayor,
 en su tienda y sus negocios
 a Francisco dedicó.
 Resultó ser ingenioso
 y ser un gran vendedor,
 y su padre orgulloso
 vio en él a un sucesor.
 Pero si el padre era avaro,
 el hijo despilfarrador,
 alegre y desenfadado,
 bullicioso y gastador,
 si bien ya en aquel tiempo
 con un muy gran corazón.

*Se retiran los padres y Francisco se queda solo frente a la mesa del mostrador de la tienda.
 Entra un mendigo con un platillo y dos monedas.*

Una tarde de verano,
 apostado en el mostrador,
 entró de pronto en la tienda
 un mendigo que gimió:

MENDIGO

Déme usted una limosnita,
 déme, por amor de Dios,
 soy pobre y menesteroso,
 déme, mi buen vendedor.

HERMANO LEÓN

Y Francisco le miraba,
 pero apenas si lo vio
 y siguió con su faena
 sin prestarle la atención.
 Cuando el pobre ya se iba
 sintió una voz interior
 que le decía: "*Francisco,
 Francisco, soy tu Señor,
 en mi nombre te ha pedido,
 ¡dále al menos un doblón!*"

Francisco sale corriendo tras el pobre que se aleja y le extiende la mano con una bolsa llena de monedas.

FRANCISCO

Hermano, hermano, aguarda,
 espérame, por favor,
 aquí tienes esta bolsa
 y te ruego tu perdón
 por no haber visto tu mano
 implorando compasión.

El mendigo sale de la escena y va entrando en ella Bernardo el trovador.

HERMANO LEÓN

Y Francisco se fue abriendo
 de bolsa y de corazón
 a este mundo de los pobres
 que veía alrededor.
 Pero a la vez, como joven,
 disfrutaba con pasión
 de chanzas y correrías
 y de amigos con ardor.

FRANCISCO

Yo soy el juglar Francisco,
 el canto es mi afición,
 en farándulas y fiestas
 y en las noches de rondón.

BERNARDO

Yo soy su amigo Bernardo
 y mi oficio es trovador,
 compongo preciosos versos
 y romanzas del amor.

Francisco coge un vaso en la mano y le da otro a Bernardo.

FRANCISCO

Vamos Bernardo, ¿te vienes?
 ¡A beber invito yo!

BERNARDO

¡Esto está hecho, mi amigo!
 ¡Entonces que sean dos!

Pero ¿y esa capa nueva
que reluce más que el sol?

FRANCISCO

Es de un brocado de seda
que el mes pasado llegó.
¡Va a deslumbrar a las mozas,
mi querido trovador!

Desaparecen de la escena Francisco y Bernardo y entra el hermano Pedro.

HERMANO PEDRO

Y así entre chanzas y fiestas
sus mocedades pasó,
y en la tienda de su padre
la prosperidad creció;
¡era tal la simpatía
de este joven vendedor!
Mas ¿tal vez no me conocen?
Soy el nuevo narrador,
mi nombre es hermano Pedro,
Paz y Bien estén con vos.

Entra en escena Francisco vestido de caballero.

Sucedió en aquellos años
una guerra de traición
entre Perusa y Asís,
y allí marchó con ardor
nuestro querido Francisco,
caballero con honor.
Mas, le prendieron cautivo
por un año, casi dos,
y al liberarle, a su casa
regresó con postración,
enfermo y debilitado
y doblado del dolor.
Su madre le dio cuidados
y buena alimentación
y poco a poco a su cuerpo
retornó presto el vigor.
Mas esos meses de cama
transformaron su interior,
las fiestas no le llamaban,
ni el dinero, ni el fulgor,
sueños de cambiar el mundo
bullían en su interior.
Y se alistó caballero
para luchar con pasión

por las tierras del papado
 con gallardía y honor.
 Mas tuvo una noche un sueño
 y oyó una voz que le habló:
¿Adónde vas tú, Francisco?

FRANCISCO

A servir a mi señor.

HERMANO PEDRO

Pues al Señor abandonas
 por un vasallo.

FRANCISCO

¡Señor!
 ¿Y Tú qué quieres que haga?

HERMANO PEDRO

Vuelve a Asís sin dilación,
 allí te mostraré mis planes
 a ti, mi buen trovador.

FRANCISCO

Otra vez de vuelta a casa,
 mas ya no siento pasión
 por acumular riquezas
 y disfrutar del calor
 de las fiestas y algazaras.
 Y los pobres, ¡ay Señor!,
 siento en mí una llamada
 a entregarme por su amor.
 Y a ratos siento el silencio
 que se crece en mi interior
 y mi alma que se eleva
 como incienso en oración
 buscando el signo que espero
 me mande mi buen Señor.
 Mas ¿qué veo a lo lejos?
 ¡Un leproso! ¡Ay qué horror!
 Siempre me dan repugnancia
 con sus harapos y hedor.

LEPROSO

Piedad, mi buen caballero,

la enfermedad me llagó,
deme siquiera un mendrugo,
deme por amor de Dios.

HERMANO PEDRO

Y Francisco de repente
sintió fuerte en su interior
una llamada muy clara:
de su caballo bajó
y en su cara y sus manos
de besos él le colmó,
y después una limosna
cuantiosa depositó
en el cuenquito del pobre
que asombrado se quedó.
Como a San Pablo de Tarso
del caballo le tiró
el Señor para mostrarle
el camino de su amor.

SEGUNDO ACTO
LA CONVERSIÓN DE FRANCISCO



HERMANO GIL

Yo me presento ante ustedes
y prosigo este relato.
Paz y Bien en esta casa,
hermano Gil yo me llamo.
El cambio que dio Francisco
tras besar al desahuciado
fue cada vez más patente
y a todos fue preocupando.
Ya no vestía con lujos,
casi, casi con harapos.
A los pobres repartía
a manos llenas ducados.
Buscaba la soledad
se evadía a cada rato
y en oración y silencio
se lo encontraban rezando.

Una tarde en San Damián,
 una capilla en el campo,
 se arrodilló a los pies
 del crucifijo sagrado.
 Y oyó al Señor que decía:
*"Mi casa se ha derrumbado.
 ¡Anda, Francisco, repara
 éste que es mi templo santo!"*
 Y a reparar la capilla
 se sintió pronto llamado,
 y el dinero de la tienda
 fue poco a poco menguando
 pues Francisco lo empleaba
 en arreglar el tejado,
 las paredes y los suelos
 las ventanas y el sagrario.

Entran en la escena Francisco, Doña Pica y Pedro Bernardón.

PEDRO BERNARDÓN

Hijo, ¿se puede saber
 qué es lo que te está pasando?
 ¿No te interesa el negocio?
 Estás triste y solitario,
 y todos nuestros ahorros
 sin más los estás gastando.

FRANCISCO

Los pobres los necesitan
 y también el templo santo
 del Señor que está cayendo
 enterito en mil pedazos.

PEDRO BERNARDÓN

Pues ya está bien de dispendios,
 ¡todo esto se ha acabado!
 En casa voy a encerrarte
 para que pienses despacio
 qué quieres tú de tu vida.
 Y desde ahora, ¡encerrado!

HERMANO GIL

Y pasaron varios días
 de este encierro obligado,
 mas su madre Doña Pica
 de Francisco se ha apiadado

y, aprovechando la ausencia
de su padre, lo ha soltado.
Francisco sale corriendo,
a San Damián ha llegado
y se pone de rodillas
ante el crucificado.
Allí lo encuentra su padre
que al volver se ha indignado
con Doña Pica y su hijo,
Francisco, "el iluminado".

PEDRO BERNARDÓN

Me has desobedecido
y además dilapidado
la fortuna familiar,
y con ello has deshonrado
el buen nombre de esta casa,
y debes ser expulsado
de tu hogar, y de tu herencia
debes ser desheredado.
Vayamos ante el obispo
Don Guido, ante él vayamos.

Entra en la escena Don Guido el obispo.

DON GUIDO

¿Qué os trae, buenos burgueses,
ante mí, de Dios prelado?

PEDRO BERNARDÓN

Aquí traigo, su vucencia,
a mi hijo, el descastado:
los ahorros que teníamos
sin permiso ha gastado.

Francisco toma la palabra y mientras habla tiende a su padre una bolsa repleta de monedas, y se va quitando la capa y la túnica hasta quedar en calzones. En ese momento Don Guido le cubre con un hábito franciscano.

FRANCISCO

Aquí tiene, señor padre,
en esta bolsa de mano,
todo el dinero que vuestro
yo un día tomé prestado
para auxiliar a los pobres

y a los desheredados.
 Mas también mi vestimenta
 a vos la debo y por tanto
 a vos hoy os la retorno
 y con ello hoy proclamo:
 Hasta ahora yo os llamaba
 padre a vos, más ya no os llamo,
 y en su lugar, Padre nuestro
 nombraré al que está en lo alto.

Desaparecen Don Guido, Pica y Pedro Bernardón, y regresa el hermano Gil mientras Francisco se arrodilla frente al altar de la Porciúncula.

HERMANO GIL

Tras romper con su familia
 Francisco siguió buscando
 la voluntad que el Señor
 le iba a ir mostrando.
 Y una mañana muy clara
 en la Porciúncula orando
 escuchó en el evangelio
 un muy divino mandato:
*Curad a los enfermos,
 a los leprosos limpiadlos,
 anunciad el evangelio
 a los fieles y paganos.
 No os procuréis oro o plata,
 y no caminéis con fardos,
 sin alforjas, sin bastones.
 ¡Sed pobres y sed hermanos!*

FRANCISCO

He escuchado tu palabra,
 ¡Por fin yo la he escuchado!
 No me quieres albañil
 de iglesias ni campanarios.
 Que reconstruya tu Iglesia,
 ésta tu iglesia de hermanos:
 ¡esto es lo que tú nos pides
 a mí y a mis franciscanos!

TERCER ACTO
EL HERMANO FRANCISCO Y SUS COMPAÑEROS



Aparecen en escena los hermanos León, Pedro, Gil y Juan con San Francisco y el papa Inocencio III.

HERMANO JUAN

Yo soy el hermano Juan,
para todos Paz y Bien,
soy hermano franciscano
como ustedes pueden ver.
Tras sentir que su misión
el Señor dio a conocer,
Francisco fue predicando
su palabra por doquier.
Poco a poco al escucharle
otros fuimos en pos de él
y comenzó la familia,
esta familia, a crecer.
Cuando llegamos a doce
a Roma fuimos a ver,
a que aprobara la Orden,
al papa Inocencio III
que nos dio su bendición
y nos dijo "Paz y Bien":

PAPA INOCENCIO III

Sois una Orden muy rara,
las riquezas no queréis,

ni los grandes monasterios
 con criados y con grey.
 Tampoco sois de clausura,
 aunque a diario recéis,
 y ni un abad ni un prior
 entre vosotros tenéis.
 Proclamar el evangelio
 por los caminos habéis,
 y auxiliar a los pobres
 y a los leprosos también.
 Os llamaré mendicantes,
 mi aprobación la tenéis,
 vuestro ejemplo en nuestra Iglesia
 hará un enorme bien.

El papa se retira y aparece santa Clara vestida de dama junto con otra dama. Al final de la intervención del Hermano Juan, se despojan de sus trajes y visten el hábito franciscano.

HERMANO JUAN

Así comenzó el camino,
 y poco tiempo después
 una noble y bella dama
 quiso seguirlo también.
 Clara tenía por nombre,
 a Francisco quiso ver
 y le rogó le acogiera
 en su hermandad de bien.
 Una noche, de su casa
 se escapó hacia las 10
 junto a otra compañera
 para encontrarse con él.
 Se arrodillaron solemnes
 en la Porciúncula, al pie
 de aquel viejo crucifijo,
 y se inclinaron con fe.
 Con unas largas tijeras
 su cabello de mujer
 cortó muy presto Francisco
 con dulzura y de una vez.
 Después les tomó los votos
 y les hizo guarecer
 en un convento cercano
 que les iba a proteger.

Salen las dos mujeres y aparece en la escena un campesino.

CAMPESINO

Perdonen, buenos hermanos,
 ¿es que acaso no sabéis
 que por la noche este monte
 transitarlo no debéis?
 Desde hace meses, un lobo
 merodea por doquier,
 ha matado varios cerdos
 e incluso ayer a un buey.

FRANCISCO

¿Un lobo? ¡Si es creatura
 de nuestro Dios Emmanuel!
 Presto me voy en su busca.
 ¡No temáis que volveré!

Se queda solo Francisco en la escena, y por un lado aparece el lobo que primero aúlla, pero al ver a Francisco haciendo la señal de la cruz baja mansamente la cabeza acercándose a él.

FRANCISCO

Ven aquí hermano lobo,
 me debes obedecer,
 en nombre de Dios escucha
 en su nombre "Paz y Bien".
 Dame tu pata derecha,
 un trato vamos a hacer,
 no volverás a matar
 porque podrás ya comer
 lo que esos campesinos
 muy buenamente te den.

Aparece el campesino con un plato con comida de la que el lobo come y marchan los dos juntos en armonía.

Una vez han salido, aparece una ovejita en el escenario y entran los otros hermanos porque es hora de rezar. Se ponen todos de rodillas y la oveja también balando mientras ellos rezan.

HERMANO LEÓN

Mi buen hermano Francisco,
 es la hora de oración,
 mas esta oveja ha entrado
 en el templo del Señor.

FRANCISCO

Ven conmigo hermana oveja,
 símbolo de sencillez,
 arrodíllate a mi lado,

pon bien juntitos los pies.

TODOS

¡Señor, haz de mí un instrumento de tu paz!
 Que allí donde haya odio, ponga yo amor;
 donde haya ofensa, ponga yo perdón;
 donde haya discordia, ponga yo unión;
 donde haya error, ponga yo verdad;
 donde haya duda, ponga yo fe;
 donde haya desesperación, ponga yo esperanza;
 donde haya tinieblas, ponga yo luz;
 donde haya tristeza, ponga yo alegría.
 ¡Oh, Maestro!, que no busque yo tanto
 ser consolado como consolar;
 ser comprendido, como comprender;
 ser amado, como amar.
 Porque dando es como se recibe;
 olvidando, como se encuentra;
 perdonando, como se es perdonado;
 muriendo, como se resucita a la vida eterna.

Todos se ponen de pie y se santiguan, y sale pacífica la oveja por un lado del escenario

FRANCISCO

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

En ese momento, aparece una bandada de golondrinas que llegan piando y revoloteando alrededor de los monjes. Francisco se dirige a ellas diciendo:

FRANCISCO

Mis hermanas golondrinas,
 el Señor os ha vestido
 con unas plumas tan lindas
 y os da este aire tan limpio
 por el que poder volar
 casi, casi al infinito.
 Alabad a vuestro Dios,
 regaladle vuestro trino,
 que de alegría cristiana
 llenéis el cielo bendito.

Y las golondrinas comienzan a cantar trinos preciosos al Creador.

En ese momento aparece en el escenario el sol brillando con fuerza. Francisco se inclina de rodillas y, mientras va rezando y nombrándoles, aparecen en escena la luna, las estrellas, el viento, el aire, el agua, el fuego y la tierra.

FRANCISCO

Altísimo, omnipotente, buen Señor,
tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición.

A ti solo, Altísimo, corresponden,
y ningún hombre es digno de hacer de ti mención.

Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente el señor hermano sol,
el cual es día, y por el cual nos alumbras.

Y él es bello y radiante con gran esplendor,
de ti, Altísimo, lleva significación.

Loado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas,
en el cielo las has formado luminosas y preciosas y bellas.

Loado seas, mi Señor, por el hermano viento,
y por el aire y el nublado y el sereno y todo tiempo,
por el cual a tus criaturas das sustento.

Loado seas, mi Señor, por la hermana agua,
la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta.

Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego,
por el cual alumbras la noche,
y él es bello y alegre y robusto y fuerte.

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la madre tierra,
la cual nos sustenta y gobierna,
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierba.

Loado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor,
y soportan enfermedad y tribulación.

Bienaventurados aquellos que las soporten en paz,
porque por ti, Altísimo, coronados serán.

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal,
de la cual ningún hombre viviente puede escapar.

¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!
Bienaventurados aquellos a quienes encuentre en tu santísima voluntad,
porque la muerte segunda no les hará mal.

Load y bendecid a mi Señor,
y dadle gracias y servidle con gran humildad.

En ese momento, el sol, las estrellas, el viento, el aire, el agua, el fuego y la tierra se ponen en círculo cogiéndose de la mano, y aparecen en el escenario uniéndose a ellos el lobo, la oveja y las golondrinas.

Delante de ellos se ponen los franciscanos con San Francisco en el medio, mientras el hermano León explica como moción final el carisma de la Orden.

HERMANO LEÓN

Así fue hermano Francisco
y todos los franciscanos,
incluso ante un lobo fiero
la *paz* siempre buscamos;
la *sencillez* de la oveja,
y la *alegría* del canto
de las pobres avecillas
que vuelan el cielo raso.
Amamos la *naturaleza*
que el Señor ha regalado,
pero en ella somos *pobres*
como los lirios del campo.

